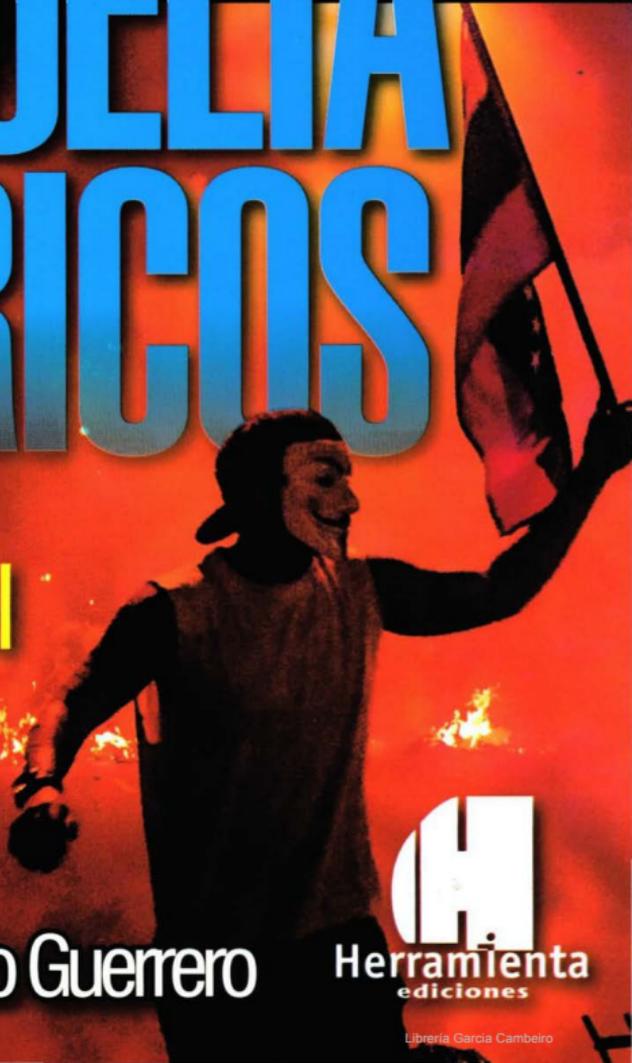


UNA REVUELTA DE RICOS

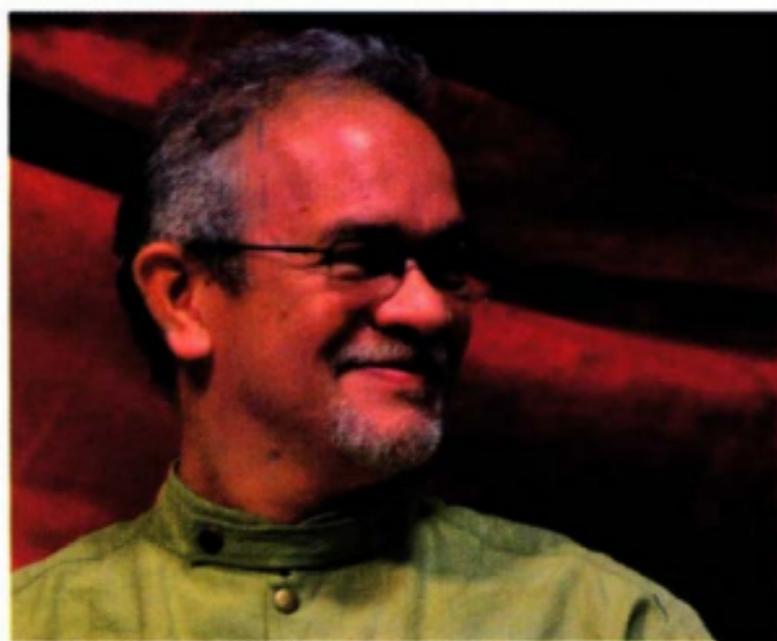
A person wearing a Guy Fawkes mask and a dark vest is shown from the waist up, holding a flag with a black and white pattern. The background is a fiery, orange-red scene with smoke and flames, suggesting a protest or riot.

Crisis y
destino del
chavismo

Modesto Emilio Guerrero



Herramienta
ediciones



Modesto Emilio Guerrero

Periodista y militante político y social venezolano. Su larga trayectoria se inicia en los años 70 participando en la fundación de sindicatos y en diversas huelgas obreras. Fue electo diputado en 1982 y estuvo presente en el Caracazo de 1989. Desde la década de los 90 se radicó en la Argentina, donde continuó su militancia. Durante la rebelión popular de diciembre de 2001 fue un activo participante en las asambleas populares. En julio de 2007 fue fundador del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) en Buenos Aires, primera expresión de esa organización política en el exterior. Su labor difusora de la revolución bolivariana en nuestro país ha convertido a nuestro autor en una fuente obligada de informaciones para la prensa, así como de análisis y reflexiones para movimientos políticos y sociales. Ha publicado más de una decena de libros sobre la temática latinoamericana. Actualmente es profesor de procesos políticos contemporáneos de América Latina. Escribe en *Miradas al Sur*, *Aim.info* y en otros medios de Argentina, en *Época* de Bolivia y *Aporrea* de Venezuela. Es colaborador permanente de la revista *Herramienta*.

Presentación

El hacerse de la revolución bolivariana es una “creación heroica” de su líder y de su pueblo, de su pueblo empoderándose y de Hugo Chávez, en un inédito ida y vuelta cargado de extraordinarias creaciones populares y también de diversas contradicciones. En la actualidad, cuando ese líder sobrevive a la muerte en el corazón de su pueblo, los latidos más íntimos de ese proceso siguen mostrando sus potencialidades de cambio social, enfrentando ahora una nueva contraofensiva violenta de “los ricos” y de su base social clasemediera *ad hoc*. Este libro de batalla nos permite situarnos en el momento presente de la revolución bolivariana. Contiene análisis de sus palpitaciones, de sus creaciones y contradicciones, invitando a la reflexión sobre distintas variantes en las que puede desembocar esa extraordinaria experiencia que ha marcado de manera singular—desde 1999— el derrotero de la lucha popular por la liberación de Nuestra América. Queremos introducirlo señalando brevemente, de manera un tanto esquemática, algunas coordenadas en las que se inscribe esta revolución del siglo XXI, hurgando antecedentes y subrayando algunos de sus aportes.

Creemos importante volver a lo que ocurrió en el año 1989. Fue un año clave, marcó un punto de inflexión a escala mundial: fue el año del derrumbe del Muro de Berlín, del símbolo de la “bipolaridad” planetaria entre el bloque del mal llamado “socialismo real” encabezado por la Unión Soviética y el bloque del capitalismo imperialista encabezado por Estados Unidos. El derrumbe de ese Muro, provocado por movilizaciones populares, marcó el final de los “socialismos del siglo XX” que se habían erigido como alteridad al capitalismo desde

la revolución rusa de 1917. Ese hecho estuvo sobredeterminado por la ofensiva del neoliberalismo que dio un salto cualitativo en todos los continentes. Sus voceros hablaron rápidamente del “fin de la historia”, en una suerte de respuesta al viejo *Manifiesto Comunista*, escrito por Karl Marx, que había afirmado que la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases. Los *think tank* del capitalismo finisecular imaginaron entonces al mundo como una “aldea global” y decretaron “la muerte del socialismo”, proclamando la vigencia absoluta del “reino del mercado” en todos los rincones de esta Tierra. Casi todo lo sucedido durante los años 90 en Nuestra América atestigua lo que significó ese “triunfo” para las clases populares.

Sin embargo, cuando el mundo parecía dirigirse en una sola dirección, en aquel emblemático 1989 también hubo otros acontecimientos que marcaron el inicio de un recorrido diferente y alentador en nuestro continente. Entre ellos destaca el Caracazo: una rebelión popular multiforme contra la política neoliberal aplicada por el gobierno socialdemócrata de Carlos Andrés Pérez. Esa rebelión, protagonizada por la población de los cerros de Caracas, reprimida a sangre y fuego, significó el inicio del fin de la “Venezuela saudita”, es decir del régimen político-económico imperante hasta entonces, beneficiario de la renta petrolera pactada con las multinacionales imperialistas, que tenía en su comando a la partidocracia socialdemócrata y socialcristiana. No fue una rebelión que enarbolará el socialismo, ni mucho menos; fue una explosión caótica surgida desde los pliegues de la sociedad profunda, haciéndose ver y sentir, poniendo en el centro de la lucha a un nuevo sujeto popular todavía desorganizado.

El intento de golpe de Estado de febrero de 1992, dirigido por el entonces teniente coronel Hugo Chávez, se inscribió en ese nuevo escenario venezolano de la lucha de clases. Fue un levantamiento militar de oficiales jóvenes y plebeyos contra el gobierno de Carlos Andrés Pérez. Los golpes de Estado en América Latina, sólo con algunas excepciones, por ejemplo el de Velasco Alvarado en el Perú, en 1968, habían sido siempre impulsados por las oligarquías y los grupos concentrados del poder económico contra las clases populares. La irrupción del intento de golpe en la Venezuela de los años 90, un país que se jactaba de una larga tradición democrática, fue vista superfi-

cialmente como un contrasentido, más aún cuando el discurso político de esa década valoraba a las “renacientes” democracias latinoamericanas que habían sucedido a tantas dictaduras genocidas en nuestra región. Por entonces, no se reparaba lo suficiente en el impacto que tendría el Consenso de Washington, que también data de 1989, ni en el hecho cierto de que los gobiernos democráticos latinoamericanos se convertirían en el principal instrumento de su aplicación. Hubo, efectivamente, un “consenso” para que ello ocurriera; se decía que no sólo había fracasado el socialismo del siglo XX, también el Estado con “su maldita injerencia en la economía”. La consecuencia: el neoliberalismo era “la única alternativa”. Teniendo en cuenta este contexto, la sublevación militar del joven Chávez fue contratendencial, y es necesario subrayarlo. Seguramente no tenía un programa acabado —en realidad sólo tuvo una aproximación años después—, no se planteaba de manera explícita una ruptura con el imperialismo, ni mucho menos el socialismo del siglo XXI, pero de hecho iba contra el oprobio que ya estaba imperando en Nuestra América. Y aunque en su momento no se comprendiera el carácter progresivo de esa sublevación, lo cierto es que significó un sonoro toque de alerta, anticipando lo que vendría después, cuando el propio Chávez, luego de dos años de prisión, cambió su metodología: fundó su primera organización política, el Movimiento V República, y con el apoyo de otras organizaciones de izquierda y nacionalistas ganó las elecciones al finalizar 1998 con el 56,5 % de los votos, planteando una genuina y radical reivindicación de la democracia plebeya en oposición a la corrupta república puntofijista. Meses después, concretando lo prometido en la campaña electoral, convocó a un referéndum constituyente que ganó con más del 80% de los votos. De esta manera se inició la transformación de Venezuela, convirtiéndose en República Bolivariana de Venezuela, se empezó a cambiar su historia y también la de nuestro continente.

El ascenso de Hugo Chávez al poder coincidió con la crisis del neoliberalismo en América Latina. Este es otro dato importante a tener en cuenta. Si durante los años 90 hubo diversas manifestaciones de resistencia protagonizadas por nuestros pueblos, dando lugar a una nueva acumulación de las fuerzas populares, así como también a

nuevas formas de organización o autoorganización –por ejemplo fogoneros, piqueteros o movimientos de trabajadores/as desocupados/as en Argentina, y diversos movimientos sociales en nuestros países latinoamericanos–, al empezar la primera década del siglo XXI los más característicos gobiernos serviles al Consenso de Washington enfrentaron inmensas rebeliones que no pudieron derrotar. En el Perú, luego de una década realmente infame, el gobierno de Alberto Fujimori apeló al fraude electoral en el 2000: la Marcha de los Cuatro Suyos, organizada por la oposición, la izquierda y los movimientos sociales ocupó Lima durante tres días y lo barrió de la escena política. Ese mismo año estalló en Cochabamba, Bolivia, la Guerra del Agua, un levantamiento popular contra la privatización de ese elemento vital; fue seguida en 2003 con la Guerra del Gas, otra rebelión contra la exportación de ese recurso a Estados Unidos y México, que acabó con el gobierno de Sánchez de Lozada: ambas “guerras” revelaron la existencia de un proceso revolucionario en el país del Altiplano, y abrieron las puertas para el triunfo electoral del dirigente campesino Evo Morales. Una crisis crónica de la clase política ecuatoriana, convulsionada por levantamientos campesinos y populares, terminó con varios gobiernos de ese país hasta el año 2005. Al finalizar 2001, una rebelión popular transversal a la sociedad argentina rechazó finalmente la política neoliberal profundizada al extremo por el gobierno de Carlos Menem durante los años 90, continuada por el efímero gobierno de Fernando de la Rúa, quien, más temprano que tarde, huyó del poder. En fin, un breve repaso de todos estos procesos nos permite verificar no sólo el fracaso del neoliberalismo, sino también que su crisis arrastró a la partidocracia tradicional, es decir al mosaico de partidos políticos tradicionales, incluso en algunos casos reciclados. Digamos de paso que este fracaso de los planes neoliberales no significó necesariamente su desaparición completa: en algunos casos dio lugar a un replanteo del rol del Estado en la economía, así como a un ensamble de ese replanteo con lo que llamamos neodesarrollismo, en otros, como en el de Venezuela o Bolivia, seguramente con diferencias entre ambos, a inéditos recorridos revolucionarios. Más allá del debate que pueda plantearse sobre esta cuestión, interesa subrayar, una y otra vez, que

los golpes al neoliberalismo surgieron del protagonismo de la sociedad profunda, ya sea de aquella que bajó de los cerros de Caracas, de la que bloqueó caminos en Cochabamba, en El Alto o en Warisata, de la que se manifestó en las calles de Quito o de Buenos Aires. Esta autoactividad popular, que creó sus propias formas de organización y también sus referentes, constituyó el sustrato de la transformación de Nuestra América en la región del mundo con mayor movilización de las clases subalternas al comenzar el nuevo siglo.

En este contexto social favorable irrumpió la revolución bolivariana en la década de los 90, nada menos. Irrumpieron el comandante Chávez y el pueblo venezolano, antes despolitizado, ahora protagonista político, gestor de diversos ensayos de poder popular, llamado a ser protagonista de su propio empoderamiento, de su propio destino, de su plena liberación. Todo su recorrido y las conquistas logradas por ese pueblo pobre, que es orgánicamente nuestro pueblo, exceden de lejos a estas líneas. No podemos dejar de destacar, sin embargo, el significado enorme de la movilización popular que derrotó el golpe de Estado propiciado por la burguesía y el imperialismo en abril de 2002, así como la derrota sucesiva del paro-sabotaje petrolero que se inició a fines de ese mismo año y terminó en febrero de 2003. Ambos acontecimientos reafirmaron la soberanía popular, demostraron la vitalidad de la revolución y radicalizaron su contenido y liderazgo.

Existe, felizmente, numerosa literatura que documenta exhaustivamente el significado de la revolución bolivariana, en algunos casos en un sentido crítico positivo, algo necesario, imprescindible y saludable en todo proceso revolucionario. Existen también posiciones críticas negativas, especialmente de los partidos (ya tradicionales) de la izquierda argentina. Estas posiciones, basadas en un dogmatismo que parece irremediable, tienen como punto de partida la negación de que en Venezuela existe y permanece abierto un proceso revolucionario político-social. Al negarlo, su crítica-crítica, incluso cuando se refiere a errores y contradicciones reales, le hace el juego a las posiciones más reaccionarias. Una cosa es la crítica dentro del proceso revolucionario como tal, jugándose por su permanencia y profundización, otra muy diferente es hacerla por fuera de él, esperando desde un cómodo observatorio su fracaso “ya previsto”.

Penúltimo planteamiento. A propósito de los cambios que aportó la revolución bolivariana a nuestro continente, nos parece fundamental resaltar la derrota del ALCA, producida en la IV Cumbre de las Américas realizada en Mar del Plata en 2005. Ese acontecimiento, trascendental para Nuestra América, puso en evidencia la crisis del Consenso de Washington, así como la reconfiguración latinoamericana. Y si bien para lograrlo confluyeron gobiernos políticamente diferentes: el de Kirchner, el de Lula y el de Chávez, el rol de este último, no sólo en cuanto a liderazgo sino como representación de un arco amplio del movimiento popular fue decisivo. Mar del Plata fue, efectivamente, “la tumba del ALCA”, más allá de la dinámica concreta que tuvo –o tiene– el proceso de integración de nuestros pueblos.

Lo último. Queremos dejar como reflexión final, también pensando en las opiniones críticas desde el campo popular, la cuestión del socialismo del siglo XXI. Líneas arriba nos hemos referido al año 1989, a las convulsiones que produjeron los acontecimientos que se sucedieron entonces, así como al derrumbe de los “socialismos del siglo XX”. Es necesario recordar que durante la década de los 90, en plena ofensiva neoliberal, las corrientes de izquierda, los movimientos o las vanguardias, como acusando el golpe, dejaron de hablar de socialismo. Es más, todos los procesos de resistencia de ese período se limitaban a una posición “anti-”, es decir tenían como centro la negatividad, sólo el rechazo a la famosa “globalización” sin una propuesta propositiva. La propia constitución del Foro Social Mundial, que tuvo su primera reunión en enero de 2001 en Porto Alegre, permite constatar que los nuevos movimientos sociales se proponían una “globalización diferente”, incluyendo consignas relacionadas con los derechos de las minorías, los pueblos originarios, el cambio climático y también anticapitalistas. Con todo el aporte que hicieron los movimientos de resistencia para la nueva acumulación de fuerzas populares que se expresa en el escenario continental, reivindicando ese primer momento, por así decirlo, Hugo Chávez y la revolución bolivariana propusieron un segundo momento, es decir una salida al neoliberalismo que significaría todo un desafío de creación: el socialismo del siglo XXI. Esta idea propositiva tiene el mérito de no contener un paradigma determinado, es decir no signi-

fica que los pueblos de Nuestra América tengan que hacer lo mismo que se hace en Venezuela. Al contrario, el desafío significa darle forma y contenido a ese socialismo en la propia Venezuela y en cualquier país latinoamericano. Su eje ordenador es el desarrollo del poder popular, es decir el protagonismo directo de nuestro pueblo en todos los niveles, “con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje”.

Manuel Martínez
Colectivo Ediciones Herramienta

UNA REVUELTA DE RICOS

Crisis
y destino
del
chavismo

Desde febrero de 2014 Venezuela ingresó en una fase decisiva de su historia reciente. Las fuerzas enemigas del gobierno chavista, del movimiento bolivariano y los cambios que ambos representan, han puesto en marcha un proceso de guerra civil para derrotarlos... La suma de los acontecimientos fue suficiente para definir su carácter y su final en la coyuntura y, sobre todo, sirve para avizorar la tendencia general del enfrentamiento entre proyectos incompatibles: el del Estado-nación respecto al imperialismo, y el de sus clases sociales, entre la burguesía parasitaria y los que viven de su trabajo. En ese escenario complejo, las fuerzas más conscientes del poder popular aprenden por primera vez a buscar una salida revolucionaria que evite el desastre que se anuncia.

(Del autor)

Este libro de batalla nos permite situarnos en el momento presente de la revolución bolivariana. Contiene análisis de sus palpitaciones, de sus creaciones y contradicciones, invitando a la reflexión sobre distintas variantes en las que puede desembocar esa extraordinaria experiencia que ha marcado de manera singular –desde 1999– el derrotero de la lucha popular por la liberación de Nuestra América.

(De la presentación de los editores)


Herramienta
ediciones

ISBN 978-987-1505-43-2



9 789871 505432

Ediciones Combeiro